

2001

## Residencias Pascal

Stefania Mosca

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Mosca, Stefania (Otoño 2001) "Residencias Pascal," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 54, Article 9.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss54/9>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## RESIDENCIAS PASCAL

**Stefania Mosca**  
Georgia State University

A los sobrevivientes.  
En la intemperie.  
A punto de quedarse sin casa

### UNO

**L**a bala apenas si rozó la noche que salía mecánica del ascensor. Una sombra sabotaba la cinta de programación de nuestro único y apenas sobreviviente elevador. El profesor alemán del Pent House lo sorprendió. Era Souto, el pistolero del Pascal. Al verse descubierto, el hombre bajo, regordete, de ascendencia, portuguesa, turbio e intimidador, sacó su revolver, y disparó a la rodilla de mi *her professor*. El ruido estridente recorrió sin escucha los 17 pisos de la torre B. El profesor no gritó. Solo atajó su rodilla y sintió la sangre tibia correr sin destino fuera de su cuerpo. Miró a Souto, quien le advirtió, aún con el arma en la mano, que ese era sólo un aviso. Debía callarse o volver a la Baviera de donde no debía haber salido. ¿Qué busca en el trópico? ¿Qué buscaba en el Edificio Pascal?

La bala perforó la rótula con exactitud. En la emergencia de la clínica La Floresta hicieron las preguntas de rigor. ¿Quién le había pegado el tiro y cómo y por qué? El dolor no dejó que el profesor respondiera las interrogantes. Una representación de los vecinos del Edificio Pascal contestamos por él.

La policía llegó al lugar y apresaron a Souto. Sentimos cierto alivio, aunque el costo nos parecía muy alto: la rodilla del estimado profesor. Pero, por fin, tras quince años de abuso, la policía había arrestado a Souto. Mi madre, católica practicante y convencida, me lo repitió: ¿ves, hija? Dios pone las cosas en su lugar.

Pero, paradojas y crueldades de vivir en el país donde vivimos, y, gracias al nuevo código de procesamiento penal o no sé qué otra estrafalaria herramienta jurídica, no habiéndose podido consustanciar (los términos de los especialistas son ripiosos y temibles) el expediente, Souto salió en libertad. Lo vimos el lunes pasearse amenazante por los jardines de las residencias Pascal. El pobre profesor de alemán, en cambio, estuvo una semana internado en la clínica, donde habrían de reconstruirle, en varias intervenciones, el miembro herido. No podíamos creerlo. El destino es injusto, nos repetimos con obstinada resignación.

## DOS

Vivo en el Edificio Pascal, y aunque no es el lugar más conocido del mundo, ni siquiera de Latinoamérica, muchos han oído hablar de él. Muchas personas: los asiduos del CENAL (Central Nacional del Libro), los de Cubana de Aviación, los del dentista, los del homeópata, los de Bermúdez y Asociados. Y los vecinos de Los Palos Grandes.

La historia del Edificio Pascal ha llegado lejos. Quince años de abuso, de maltrato, de minusvalía jurídica, han logrado que su existencia tenga un lugar en el mundo. Hasta Carlos Azpurúa quiso hacer una película con este argumento.

Ya desde el principio, los apartamentos del Edificio Pascal fueron habitados con fines no familiares. En plena época, no sé si dorada, en el Edificio Pascal funcionaba un Sauna. El asunto era en el quinto piso, donde unas damas demasiado visibles, entraban y salían de uno de los apartamentos. Este es un edificio residencial, y no se permiten ese tipo de negocio. Tenemos hijos, esposos que cuidar. Nuestra reputación. Los vecinos estaban ofuscados. Protestamos, peleamos por nuestros derechos (¿la decencia debe ser un derecho o una condición?). Pero el dueño del apartamento era un general y no lográbamos que las denuncias marchasen en ninguna instancia.

Era el tiempo del primer Carlos Andrés Pérez. Estábamos deslumbrados, no le dimos importancia a ese detalle, y era sin duda un alerta de nuestro futuro inmediato. De no haber sido por estar aquí, en cuerpo y alma, en esa época dorada, jamás hubiésemos llegado a ser propietarios de un apartamento. El valor del bolívar era notorio. Una secretaria tenía cuenta con el joyero, con el odontólogo y tarjeta de crédito. En ese tiempo de la Venezuela Saudita, es decir 70 - 80, mis padres compraron un apartamento en el Edificio Pascal, sin sospechar que allí, nuevamente, después de cuarenta años, en el apartamento de al lado, conseguirían a los Bogessitt, los primeros amigos que tuvieron en esta tierra nueva.

**TRES**

Las grúas del puerto chirrían más lejos en los crepúsculos. Las formas de sus estructuras metálicas atraviesan los naranjas y rojos, fucsias, lilas y amarillos del cielo, pueblan de figuras desconcertantes el paisaje. Algo bulle en los puertos. Es un lugar de encuentro. Es una frontera y un lugar de llegada, un límite y un principio, un borde: una entrada y una salida.

Mis padres vinieron de Italia, habían salido para la América y llegaban ahora, aquí, a La Guaira. Vibraban los blancos de sus linos en el azul dorado del Mar Caribe. Venían de un mundo sembrado de muerte. Huyeron de lo irremediable. Pero eran jóvenes, tendían a la vida, y quisieron empezar desde cero. Desconcertados por la fuerza de un idioma que desconocían, iniciaron la convivencia con emigrados de diferentes países. Pobres, soñadores otros, pioneros. Una semana duraría su estadía mientras les otorgaban destino en este nuevo territorio. Era la Venezuela del progreso, del Ideal Nacional, y lo que se bajaba de los barcos era la señal cierta de la civilización. Esa semana mis padres conocieron a los señores Boggesitt, alemanes.

Quién lo diría, *cuá pure cuá nell'América, anche cuá, vicino al sole, i tedeschi*. Pero realmente Boggesitt era rumano, aunque estaba viviendo en Alemania cuando la guerra y el horror se extendía sin reparar en la procedencia de las personas. Sobrevivieron al descalabro, a la derrota, a la persecución, y más nunca regresarían. La señora Boggesitt cerró los ojos ante los últimos rayos del día: ¡Jamás!

La historia tensa y enfrentada de alianzas turbias y reiteradas traiciones entre alemanes e italianos, había quedado muy lejos ya. Del otro lado del Atlántico, donde estaba el olvido, o debía estarlo.

Apenas con un puñado de palabras comunes y sin mucha simpatía atávica, mis padres y los Boggesitt se hicieron amigos. Habían llegado, lo habían logrado, estaban aquí, *nell'América* y eso borra cualquier sombra (aún la más antigua de las sombras) Compartieron el mismo sitio en la cola, la misma carpa. La solidaridad se impuso: los unían el horror de la guerra que querían dejar atrás por siempre, y el frío, ese frío que llegaba a lo más sensible de los huesos y los hacía frágiles, y que ya más nunca sentirían.

Ambos obtuvieron como destino a Maracay, los Boggesitt se quedaron en la hacienda de los Negris, mientras mis padres ensayaron su moderno cosmopolitismo. Eran diseñadores; ella, los vestidos, él, los zapatos. Invirtieron su pequeño capital en un desfile que cambiaría el gusto del Caribe, que mostraría el trópico auténtico, el trópico audaz. Pero el fracaso fue rotundo. Las rechonchas esposas de los coroneles y generales y los otros destacados habitantes de la ciudad, no querían ser tropicales, todo lo contrario. Adoraban la moda parisina, especialmente los abrigos de piel.

Mis padres se despidieron de los Bogessitt y se vinieron para Caracas en 1952.

## CUATRO

La noche abultaba el silencio. Debíamos convocar a un mínimo del cuarenta por ciento de los vecinos. Y, a pesar de ofrecer un refrigerio, eran las nueve de la noche y habíamos bajado cuatro gatos. Nadie va a las juntas de condominio. Para más colmo, esta maldita llovizna. Un asesor jurídico de la Alcaldía nos acompañaba y decidimos ir puerta por puerta hasta que finalmente éramos suficientes personas de las 117 familias o propietarios del inmueble.

Ocupamos nuestros asientos desordenadamente, cada uno defendiendo su proyecto y elevando sendas acusaciones contra Souto: en quince años se ha hecho propietario de nueve apartamentos. No queremos que siga dirigiendo el condominio, pero no hay forma, invalida una y otra vez las juntas elegidas en asambleas de propietarios. Le vació el revolver en el radiador de Méndez. Nos quita el agua, y se ha apropiado de las llaves de la oficina de administración. No le pagamos desde hace más de tres años, hemos decidido mantener una administración paralela. Defendemos nuestra propiedad. Los ánimos se caldeaban. De pronto, se avizoró en la acera la llegada de una jaula de la Policía Metropolitana. Era increíble, Souto los comandaba. Venían a hacernos presos. El asesor jurídico de la Alcaldía ordenó que no nos moviéramos. Éramos los propietarios. Nadie podía invadir nuestros derechos. Molestos, los policías se retiraron para no meterse en problemas y Souto también. El asesor jurídico lo dejó marcharse, no iba a propasarse en sus facultades: un tipo que logra poner una jaula de la policía metropolitana a su servicio tiene influencias. Es un pez gordo el que lo abriga. Y con los peces gordos, en la cuarta república y hasta en la quinta, nadie puede meterse.

## CINCO

A lo que puede llegar un ser humano: llevamos dos meses sin ascensor y quince días sin agua. Los olores que emanan de los apartamentos han vuelto aún más distantes las relaciones personales. Nadie sabe cómo aguantamos. En el chorro del sótano tres se forman largas filas, allí llenamos los tobos que, descansando de vez en vez, nos toca llevar hasta el piso once o el doce y hasta el diez y seis. Los muchachos del automercado salen corriendo al verme llegar, saben que esa compra es una entrega que incluye una penosa travesía por las escaleras interminables del Edificio Pascal.

Estas limitaciones han reducido mis salidas, ya de por sí escasas; mis amigos no me visitan y mis deseos de superación agotan sus fuerzas en esta ardua sobrevivencia que nos ha tocado.

– Señora Boggesitt, ¿tiene un balde que me preste?

## SEIS

Tengo mi casa. Esta casa que me dejaron mis padres. Esta casa a mi nombre. Esta casa donde viví hasta el 78 cuando me casé. Los salones, jardines e instalaciones del Edificio Pascal incluían, para ese entonces, una cascada en la entrada y una alfombra acolchada, turquesa en una torre y naranja en la otra, que simulaba la textura del terciopelo. Nuevoriquismo en acción. Distinción en masa. Lugar de ensueño para ser recibido por unos extrarápidos ascensores Ottis de esplendente acero inoxidable. Pronto se avecinaría el descalabro.

Planté mi trinitaria un veintidós de diciembre. Regresaba por enésima vez a este lugar de mi infancia. Mi matrimonio duró poco, pero el tiempo suficiente para que el deterioro secara la cascada y el abuso hiciera de las mullidas alfombras de la entrada despellejadas superficies descoloridas. Pero el Edificio Pascal me hace dueña de una casa, una casa donde vivo con demasiados recuerdos para mi gusto, prefiero los espacios vacíos. Pocas cosas imprescindibles.

Instalé mi escritorio, y recién llegada de Europa, jugué a la independencia de un cuarto propio sin poder evitar el cuerpo de la locura como continuo huésped de mis días. Grité hacia una ventana, hacia la otra. Crecía enorme la ciudad a mí alrededor. Y de ver hasta lo último de Chacao desde mi ventana, quedé con el Edificio de la KLM enfrente y la estación del Metro. El ruido. Ese nuevo habitante entró en mi rutina con avasallante contundencia.

No me dejaría vencer por esta nueva intemperie de los tiempos. Actúe con rapidez, paranoicamente. Abrí el balcón y entendí que debía aislarme. Un ventanal Belford fue mi escudo protector. Ahora veo el Parque del Este y la arquitectura del absurdo frente a mí. Todo inofensivo, distante y silencioso. Instalar el aire acondicionado fue el próximo paso inevitable. Lo logré nuevamente. Tenía, mantenía mi casa, la casa de mis padres. La escena muda de la ciudad al fondo formó parte de la decoración.

Así, rutinariamente, de ciclo en ciclo, de arrancada y estrelladas varias, de volver y volver, volvía al Edificio Pascal, a sus crecientes inconvenientes. No puedes quejarte, me decía, me repetía: tengo casa. Y eso no es poco. Una casa propia.

## SIETE

Carlos es otro personaje del Edificio Pascal. Un muchacho alto, adolescente, muy alto. Empezó a explorar los favores y, muy pronto, los extremos de la cocaína. Su adicción lo ha llevado al sanatorio y a la cárcel, según me temo. Periódicamente regresa a su casa familiar muy habitada: abuela, hermano, hermanas y madre. Al padre nunca lo he visto, no vive allí, ni va, creo. No hay padre. Y se rompen los corazones.

Carlos sufre y ya, después de sus estadías en “Canadá”, ha aprendido a ser un sobreviviente. No aspira a más. Su madre, me imagino, lo ayuda a conseguir la droga, o su abuela, o él mismo que se monta como puede en unos taxis de esos en el último estado y hace su contacto. Sobrevivir. Si vuelve a la cárcel saldrá más pronto pues se declarará adicto, enfermo, y deberán darle ayuda psiquiátrica, que por más pesada y aburrida que sea, siempre es mejor que el Retén. Es tanta la nota, la fuerza que lleva por dentro, que da miedo. A mí me da miedo. Perfiero no encontrármelo por ahí. Y de madrugada, justo cuando le das gracias a Dios por haber llegado sana y salva, pun: te lo puedes conseguir en el ascensor. Completamente ido. Altísimo, no sabes de lo que es capaz. La avidez de su adición es la forma de grandeza que le pertenece. Él es un acróbata de esas alturas, de esas desesperaciones.

Era el atardecer de un domingo y a esa hora valía la pena salir al balcón. El sol rojo poniéndose sobre el paisajismo de Niemeyer, y sobre El Ávila para los que viven en el otro lado. De pronto, sonó el timbre muy seguido y la nona, que hacía un punto cruz como cualquier abuelita (que todos sabemos que no era así; la nona era una abuelita de armas tomar, y le sobraba soberbia para seguir siéndolo), se sobresaltó. El timbre no paraba de sonar. Abran, es la policía. La *Polizia come mai*. Vio mi escritorio y se persignó.

– ¿Qué sucede?

– Estamos haciendo una persecución en caliente. Un jíbaro, que vive en el trece, fue capturado infraganti y no se quiere entregar. Se ha deslizado por su balcón, y eso que vive en el piso trece. Debe ser una droga poderosísima la cocaína. Miren a Maradona, y a Carlos saltando los balcones del Edificio Pascal como si fuera un juego en planta baja.

Antes de poder contestar, la nona trató de explicarle a la policía que por nuestro apartamento era imposible cualquier persecución, pues yo, en uno de mis regresos, había plantado una enorme y espinosa trinitaria roja. Por el apartamento de enfrente, sería más cómodo.

– Lo que pasa es que allí no vive nadie.

La policía municipal, en su papel de película, implementaba utensilios de escaladores profesionales. Carlos ululaba en el balcón de arriba adherido a la reja como una araña deforme. Los policías, tras ver la trinitaria y explorar el ángulo donde ocurrían los acontecimientos, dijeron que era mucho mejor forzar la puerta del apartamento de enfrente, así sea una *multilok*, para eso también disponen de equipo altamente especializado.

Un grito de Carlos congeló las acciones y los pensamientos. Se balanceó en la reja, a doce pisos de altura, se cargó el vidrio ahumado de la ventana, y entró. No les digo, la bendita cocaína qué tendrá, miren: un acróbata resultó el zagaletón ese. Los policías bloquearon la entrada y tras largas negociaciones se lo llevaron, todo amoratado y con una bolsa de perico guindándole del hilo del pantalón.

## OCHO

Hay una casa donde existo y es distinta. Una casa con sus baúles y sus alacenas y sus sofás y sus armarios y sus cajones. Si usted cierra los ojos puede dibujar su cuarto, el temblor de los muros siempre blancos, la profundidad de pozo en los pasillos, la herrumbre en el garaje. La casa de mis padres guarda los secretos de mi vida sin que yo misma pueda acceder a ellos. Me gusta por eso insistir. Volver a las ventanas, prender la luz en el pasillo. Volver a la cocina, donde hace frío y no está mi madre. Allí vive alguien que siempre me acompaña y se hace y conforma del minuto anterior, de lo pasado.

La otra casa donde existo es una frente al mar, sobre un acantilado. Esa casa que llevo por dentro es más fuerte que la esperanza. Hacia esa casa, por la pretensión de llegar a ella, he soportado los avatares del Edificio Pascal. Porque allí, sobre el acantilado, donde verdaderamente vivo, no aparecerá Souto, ni Carlos, no se irá el agua, ni hará falta ascensor. En esa casa, sin tiempo y sin historia, escucho el quehacer de una niña contra la hoja cuadriculada de papel, borroneando las figuras de mi destino.

Saludo a la señora Bogessitt, como todos los días, y cruzo la avenida Francisco de Miranda, camino por el parque muy temprano en la mañana: voy hacia mi casa frente al mar.